

De actualidad



# ¿Felipe qué o quién?

No hace mucho tiempo que en el Ejército, a propósito de la disensión a que dió origen lo de las Juntas, se hablaba de felipistas y de antifelipistas. No sabemos si persisten estos motes. Y ocurre preguntar: ¿"Qué o quién es Felipe?" Y decimos "qué" y no sólo "quién", porque aun siendo nombre de persona podía tratarse de cosa. Los romanos distinguían los derechos personales, de persona, y los derechos reales, de cosa—en latín "res"—, y hay poder personal y poder real. ¿Qué o quién es Felipe?

En una ocasión deseaba doña María Cristina de Borbón, la madre de Isabel II, siendo reina gobernadora, poner a Madrid en estado de sitio y llamó en consulta sobre ello a don Ramón María Narváez. El cual le dijo: "Disimule V. M.; esa medida la dicta el canguelo". Al oírlo doña Cristina, creyendo que se trataba de alguna persona desconocida para ella, preguntó: "¿Quién es canguelo?" Y Narváez: "El miedo, señora, el miedo". Si, pues, la viuda de Fernando VII tomó a canguelo por una persona, bien podemos tomar a Felipe por una cosa. Mayormente siendo, como suelen ser, convertibles entre sí las cosas y las personas. Felipe y Canguelo, por ejemplo.

Mas en el caso actual de España Felipe es, en concreto, la absurda e impopular campaña conquistadora de Marruecos la que produjo la santiagada de julio de 1921.

El Ejército en su gran mayoría en su casi totalidad, y sobre todo el Arma más popular, menos especializada de él, es hoy, especialmente desde la implantación del servicio general obligatorio, una verdadera milicia nacional. Su espíritu tiene que ir haciéndose un espíritu nacional, popular, democrático. El recluta va a servir a la nación, a la patria, al pueblo. O debe ir a eso y no a otra cosa. Y ese Ejército nacional, esa milicia, no puede actuar con eficacia y con fe y con satisfacción sino cuando se ve y donde se ve empeñado en una empresa nacional, popular, en una empresa brotada de la voluntad nacional,

de la soberanía nacional. Y donde esto no ocurra y cuando no ocurra esto habrán de acudir los poderes empeñados en la acción no popular, no nacional, a tropas especiales, a mercenarios, a "voluntarios". Y habrá que mimarlos y privilegialos y distinguirlos. Porque éstos no son ya en vigor soldados de la nación, pues que no van a servir un empeño nacional, sino soldados del poder personal o real comprometido en la empresa que se les destina. Y de aquí el felipismo.

Los que vayan a servir a "felipe", a la empresa política empeñada en lo de Marruecos, al compromiso que se contrajo a espaldas del pueblo, sin el refrendo de la soberanía nacional; los que vayan a servir a ese poder, sea de persona o sea de cosa, esos tendrán que ser recompensados de muy otro modo que se recompensa al que va a cumplir con su estricto deber, con el deber de todo soldado que se ha puesto al servicio de la patria, de la nación.

Las empresas de nuestros Habsburgos en Flandes y en Italia y en parte de Francia no eran empresas nacionales, como no lo fueron muchas de nuestros Borbones. Los tercios de Flandes no constituían una milicia nacional. Milicia nacional fué la que peleó contra las invasoras tropas napoleónicas de 1808 a 1813; milicias nacionales fueron las que de un lado y de otro sostuvieron nuestras guerras civiles, pues fué de voluntad nacional desgarrarse en esas luchas. Y fué también nacional, fué popular, la guerra de Africa de 1860, aquella en que se distinguió Prim. El mismo Prim que se negó a secundar el empeño de Napoleón el Chico en imponer a los mejicanos el imperio de Maximiliano de Habsburgo. Y se negó a ello porque aquella expedición no habría sido nacional, porque la nación española, la soberana nación española no tenía ningún deseo de que Méjico fuese imperio — ¡e imperio habsburgiano! — y no República. Y Prim quería mandar a soldados nacionales, a ciudadanos españoles en armas, y no a tercios, no a mercenarios del reino. Que soldado quiere de-

cir ciudadano en armas al servicio de la nación, y tercio quiere decir mercenario al servicio del reino.

¿Ven ustedes lo que es felipe? Felipe no es una persona, no es un poder personal; felipe es una cosa, es un poder real. Y por eso los no felipistas o antifelipistas pueden ser soldados de la nación, que de la nación y sólo de la nación, y por los medios regulares y equitativos, esperan su recompensa. Y que sienten que no es lícito mandarle a uno a tal o cual empeño en vista de la recompensa.

Si la campaña de Marruecos fuese empresa verdaderamente nacional, sólo por procedimientos nacionales debería seguirse. Y hoy la nación lo que exige no es que se recompense a nadie, sino que se depuren las responsabilidades todas—¡todas!—de la santiagada.

No son lícitas las recompensas, no son lícitos los privilegios, no son lícitas las propinas, mientras no se depuren todas las responsabilidades y las de todos. Y por último, la milicia es nacional, la legión no lo es. ¡Como que en ésta caben hasta los extranjeros!

WIGUEL DE UNAMUNO

